

## Arma virumque cantandi sunt?

Fernando Puell de la Villa  
IU General Gutierrez Mellado, UNED

Publicado en Antonio R. Celada, Daniel Pastor García y Rosa M.<sup>a</sup> López Alfonso (eds.). *Las Brigadas Internacionales: 70 años de Memoria Histórica*. Salamanca: Amarú, 2007, pp. 343-353.

**Resumen:** Las Brigadas Internacionales, de las que llegaron a organizarse seis, encuadraron a la mayor parte de los 59.380 voluntarios, procedentes de 69 países, que acudieron altruistamente a España con la intención de luchar contra el fascismo. En el momento de su llegada, reforzaron la decaída moral de la retaguardia republicana y se convirtieron en entrañable símbolo de solidaridad internacional, pero su rendimiento, desde el punto de vista exclusivamente bélico, tuvo bastante menos relevancia objetiva de la que la propaganda comunista les atribuyó. Un reiterado y abusivo empleo como unidades de choque, para lo que no estaban adecuadamente instruidas ni equipadas, condujo a su práctica aniquilación y a la necesidad de acudir a la recluta española para cubrir bajas.

**Abstract:** International Brigades, of which six became organized, ranked most of the 59.380 volunteers, coming from 69 different countries, that altruistically decided to fight against fascism in Spain. Their arrival strongly reinforced feeble republican civil rearguard and became to symbolize international solidarity. However, their actual performance was fairly unrelevant from the sole point of view of warfare, and rather distant from that set up by communism propaganda. Their reiterative and outmost deployment as shock units, what they were neither drilled nor equipped for, drove to their virtual annihilation and compelled to fill in casualties through Spanish regular conscription system.

**PALABRAS CLAVE:** Siglo XX, España, Guerra Civil, Ejército, Brigadas Internacionales.

En 1894, George Bernard Shaw estrenó en Londres la cínica y divertida comedia anibelicista *Arms and the Man*, satírico título que pretendía evocar el primer verso de *La Eneida* de Virgilio: *Arma virumque cano*. Sólo veinte años después, la Gran Guerra europea se desarrolló de forma muy similar a lo anticipado por el dramaturgo irlandés, y cuando, como sus protagonistas, los soldados, que habían marchado al campo de batalla ebrios de entusiasmo y romanticismo, se reintegraron a sus hogares en 1918, renegaban de la gloria militar y odiaban la guerra, tras conocer su verdadera naturaleza.

No resulta sencillo interpretar las razones que movieron a Geoffrey Cox, joven corresponsal británico recién graduado en Oxford, a encabezar con el título *Arms and the Man*, palabras que sus lectores probablemente relacionaron más con la entonces muy

popular comedia de Shaw que con la epopeya de Virgilio, su crónica vespertina del domingo 8 de noviembre de 1936, en la que describió la llegada a Madrid aquella misma mañana de la XI Brigada Internacional, formada por varios centenares de románticos voluntarios procedentes de diversos países europeos<sup>1</sup>.

Transcurridos setenta años, cabe parafrasear el verso de Virgilio, y más en este clásico escenario salmanticense, para plantearse la cuestión de si merece entonarse un canto, como el poeta latino hiciera con Eneas y sus tropas, a la relevancia de aquellas unidades y de aquellos hombres desde un punto de vista estrictamente castrense.

En vísperas de la I Guerra Mundial una histeria colectiva pareció apoderarse de los europeos, y los jóvenes marcharon al frente ansiosos por combatir, incondicionalmente respaldados por quienes quedaron en sus casas. A su término, destruidos buena parte de los cimientos culturales que sustentaban la sociedad europea tradicional, las secuelas políticas y territoriales del armisticio, agravadas con huelgas, paro e inflación, produjeron numerosos focos de inestabilidad, y Europa generó tres corrientes ideológicas contrapuestas.

Las potencias victoriosas, adalides de los principios liberales y democráticos, intentaron establecer un concierto internacional dirigido a resolver futuras crisis por medios pacíficos, renunciando a la guerra como instrumento de su política. Simultáneamente, la conflictividad política y social agravada, por un adverso periodo de depresión económica, favoreció la aparición de otras dos corrientes antagónicas a las que no les repugnaba volver a recurrir al enfrentamiento armado para alcanzar sus designios milenaristas.

En este inoportuno contexto, España inició el camino hacia la instauración de un régimen democrático avanzado, en contracorriente a los dos totalitarismos de signo opuesto que rivalizaban en el terreno de la práctica política. Por ello, cuando una

---

<sup>1</sup> Cox, 2005, págs. 155 y 156. A últimos de octubre de 1936, el director del *News Chronicle* —único periódico londinense que, con el *Manchester Guardian*, apoyaba sin ambages la causa de la República Española— eligió a un reportero inexperto y prescindible para cubrir la inminente entrada de las tropas de Franco en Madrid, misión peligrosa y supuestamente breve. Su primera crónica, publicada el día 30, narró el frustrado ataque de los milicianos de Enrique Lister contra el flanco de las columnas franquistas que avanzaban por las carreteras de Toledo y Andalucía, apenas a 30 kilómetros de la capital. Desde esa fecha hasta el 4 de diciembre, en que fue llamado a Londres al haber decaído el interés por lo español ante el escándalo de la abdicación de Eduardo VIII, relató puntual y brillantemente cuantos acontecimientos condujeron a la derrota franquista, con especial énfasis en la reacción popular, la actuación de las brigadas internacionales, y los trágicos efectos de los bombardeos aéreos sobre la población civil.

fracción de sus fuerzas armadas se alzó en armas para aniquilarlo, ambos se sintieron llamados a intervenir. No toca hoy analizar la ayuda prestada a los sublevados por las potencias del Eje, sino evaluar el rendimiento bélico de los voluntarios que, encuadrados mayoritariamente en las llamadas Brigadas Internacionales, puso la Unión Soviética, a través de la *Komintern* de la III Internacional, a disposición de la República.

Sólo dos semanas después del golpe de estado, el 3 de agosto de 1936, la *Komintern* decidió organizar una unidad de 5.000 hombres para combatir a los rebeldes. En septiembre, ante el avance victorioso de Franco hacia Madrid, las ejecutivas de los partidos comunistas occidentales recibieron instrucciones para alentar la recluta y organizar el traslado a territorio español del mayor número posible de voluntarios. Un antifascismo militante, aglutinante básico del amplio espectro de hombres dispuestos a verter su sangre por muy dispares motivos, sería el único requisito formal que se iba a exigir a los alistados.

Como las hordas de Godofredo de Buillon y de Pedro el Ermitaño, los cruzados de la mística antifascista eran, en su mayoría, hombres de buena fe, las concepciones de los cuales formaban un compuesto de elementos incoherentes y en parte contradictorios, de idealismo y de sectarismo, de fraternidad e intolerancia, de caridad y despiadada dureza, de desprendimiento entusiasta y egoísmo mercenario. Como en el caso de sus predecesores medievales se agrupaban hombres que lo habían dado todo para unirse al movimiento y hombres que participaban en él porque no tenían nada. Frecuentemente tales razones se mezclaban con muchas otras, y ellos mismos eran incapaces de decir qué motivo los impulsaba<sup>2</sup>.

El 15 de octubre, con los franquistas a menos de 30 kilómetros de Madrid, llegó a la improvisada base de Albacete el primer contingente de voluntarios. Su encuadramiento en la que, con muchas reticencias, el presidente del gobierno Francisco Largo Caballero tituló XI Brigada Internacional, anticipó las “terribles deficiencias” que afrontarían al entrar en combate y que provocarían el baño de sangre que caracterizó su actuación: precariedad de mandos intermedios, problemas lingüísticos y falta de instrucción, deficiente armamento —desechos de la I Guerra Mundial— y, sobre todo, la dificultad de convertir en soldados a un personal más motivado que dispuesto a acatar órdenes<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Koestler, 1946.

<sup>3</sup> VV. AA., 1965, pág. 82.

El 8 de noviembre, ya oscurecido, los primeros 1.628 voluntarios, encuadrados en tres batallones de infantería —los después míticos *Edgar André*, *Commune de Paris* y *Dombrowsky*—, un escuadrón de caballería y una sección de ametralladoras, se dirigieron a la Casa de Campo para defender la línea del Manzanares entre los puentes de San Fernando y de los Franceses<sup>4</sup>. Nada más desplegar, se les vino encima un alud de tropas marroquíes, cuyos ataques frontales lograron rechazar a costa de grandes pérdidas humanas. Siguieron cinco sangrientas jornadas de lucha, durante las cuales se mitificó la actuación de los voluntarios antifascistas, atribuyéndoseles en exclusiva el mérito de haber salvado Madrid.

En realidad, el papel desempeñado en su defensa no admite comparación posible con el impacto emocional de su llegada sobre la desmoralizada población madrileña, ni con el afán de emulación que sin duda despertó su arrojo y combatividad en los 20.000 milicianos que defendían la capital. “Su presencia en las posiciones discutidas —en opinión de un destacado dirigente socialista— reavivó la pasión de los madrileños. El miliciano se insolentó con la muerte y volvió a despreciarla”<sup>5</sup>. Sin embargo, no parece objetivo continuar sosteniendo que un millar de mal armados voluntarios bisoños, por muy motivados que estuviesen, fuesen capaces por sí solos de sostener una línea de varios kilómetros de frente ante las embestidas de 15.000 soldados profesionales, tan motivados como ellos y mucho más disciplinados e instruidos.

La entrada en combate de la XII Brigada Internacional, apresuradamente organizada y enviada al frente madrileño el 13 de noviembre, desbarató las expectativas puestas por el mando en estas unidades, lo que no estorbó continuase su propagandística exaltación. Su primera intervención en el asalto al Cerro de los Ángeles terminó con decenas de muertos y la dispersión de sus efectivos. Y cuando, una vez reorganizada, marchó a la Ciudad Universitaria, cedió el sector del Palacio de la Moncloa sin apenas ofrecer resistencia, actitud que los asesores militares soviéticos achacaron a supuestos actos de sabotaje, que iniciaron una terrorífica escalada represiva que terminaría minando la moral de los interbrigadistas.

---

<sup>4</sup> Martínez Bande, 1972, pág. 81.

<sup>5</sup> Zugazagoitia, 1968, t. I, pág. 210.

Simultáneamente, dos nuevas brigadas organizadas en Albacete, la XIII y la XIV, fueron respectivamente enviadas a los frentes de Teruel y de Montoro, donde tampoco lograron apuntarse ningún tanto. En Teruel, feudo de las columnas cenetistas que habían partido de Barcelona y Valencia al iniciarse la guerra, el fracaso se atribuyó a la labor de zapa de los anarquistas: “se ha iniciado una campaña para sembrar el descontento y la desconfianza hacia los jefes, con el pretexto de que se han sufrido pérdidas demasiado fuertes. Se incita a los voluntarios a desertar o a pasar a las columnas anarquistas”<sup>6</sup>. Y a orillas del Guadalquivir, “sorpresa, confusión, caos”; compañías completas totalmente aniquiladas y desbandada de sus escasamente cohesionados voluntarios, que dejaron abandonados los cadáveres de sus compañeros<sup>7</sup>.

Entretanto, en Madrid, los 700 voluntarios traídos de Albacete para cubrir bajas en las XI y XII Brigadas volvieron a convertirse en carne de cañón en los combates que, a lo largo del mes de diciembre de 1936 y enero de 1937, se desarrollaron en torno a los primeros kilómetros de la carretera de La Coruña. A partir de ese momento, ambas unidades comenzaron a desnaturalizarse —“Las verdaderas Brigadas Internacionales quedaron enterradas en los cementerios de Madrid”<sup>8</sup>— y, una vez estabilizado el frente y con sus efectivos reducidos a la mitad, fueron enviadas a retaguardia para descansar y completar sus plantillas con batallones formados íntegramente por reclutas españoles.

Llegado 1937, la XV Brigada pudo organizarse mejor y con más calma. Debido a las restricciones impuestas por el Comité de No-Intervención, que ralentizaron las remesas provenientes de Europa continental, sus efectivos se nutrieron mayoritariamente con voluntarios de nacionalidad británica y estadounidense. Pese a su posterior mitificación, ocasionada por haber encuadrado en sus filas al batallón *Abraham Lincoln*, su bautismo de fuego a orillas del Jarama fue tan desafortunado como el de las demás.

A finales de enero, ante la intervención de columnas motorizadas de *camisas negras* italianos en el frente andaluz, la XIII Brigada fue trasladada urgentemente desde Teruel a Málaga. Al no haber llegado a tiempo para impedir la pérdida de esta ciudad, quedó desplegada en la zona de Motril, de donde fue enviada a Las Alpujarras.

---

<sup>6</sup> VV. AA., 1965, pág. 127.

<sup>7</sup> Delpierre, 1968, pág. 138.

<sup>8</sup> Zugazagoitia, t. I, pág. 230.

Simultáneamente, el mando republicano planeó una operación de envolvimiento de las unidades franquistas que asediaban Madrid y concentró en la ribera oriental del Jarama una masa de maniobra, en la que quedaron encuadradas las otras cuatro Brigadas Internacionales. La operación, superpuesta a la segunda intentona de Franco de embolsar la capital —la primera había dado origen a los mencionados combates en la carretera de La Coruña—, enfrentó a ambas orillas del Jarama dos masas de maniobras bastante equilibradas, lo que daría origen a una cruentísima batalla de desgaste, de características muy similares a las libradas en el frente occidental durante la I Guerra Mundial.

Un imperdonable descuido de los interbrigadistas encargados de defender los dos únicos puentes disponibles —“Indudablemente se adormecieron [...] Ni una sola de sus ametralladoras pudo romper fuego”<sup>9</sup>—, brindó a los franquistas la decisiva línea de alturas al otro lado del río. La obsesión por recuperarla dio lugar a siete días de tremendos combates: “Miaja y Rojo habían perdido toda noción de sensatez y lanzaban al ataque el máximo de tropas disponibles. La táctica fue la misma del enemigo: oleadas sucesivas de hombres, apoyadas por tanques, artillería y aviación”<sup>10</sup>. Como ocurriera en la I Guerra Mundial, los asaltos frontales a posiciones ligeramente fortificadas y dotadas de ametralladoras, no tenían sentido y se saldaban con centenares de inútiles bajas. Los interbrigadistas comenzaron a desmoralizarse, a considerarse “carne de cañón” y a cuestionarse la sensatez de sus mandos: “El ataque final contra el Pingarrón fue un monumental acto de estupidez organizado por el general Gal”<sup>11</sup>. Por si ello fuera poco, las altas esferas republicanas, probablemente dolidas por los excesos propagandísticos que minusvaloraban los esfuerzos de las tropas españolas, empezaron a convertirlos en chivo expiatorio de los reveses sufridos por el Ejército Popular:

En Arganda, estos internacionales son causa de varios fracasos. Si reciben orden de tomar una posición, pretextando un retraso en la marcha, no la toman y crean a las tropas que han cubierto sus objetivos situaciones difíciles. Los mandos españoles protestan, se irritan, pero ni su irritación ni sus protestas sirven de nada. En el próximo movimiento de fuerzas se repetirá el fallo y se dará la misma explicación<sup>12</sup>.

---

<sup>9</sup> VV. AA., 1965, pág. 242.

<sup>10</sup> Castells, 1974, pág. 171.

<sup>11</sup> Colodny, 1970, pág. 128.

<sup>12</sup> Zugazagoitia, 1968, t. I, pág. 230.

La batalla del Jarama terminó por agotamiento de ambos contendientes y se saldó con ligera ventaja para Franco, que logró impedir hasta el final de la guerra el tráfico rodado por el primer tramo de la carretera de Valencia, a costa de perder buena parte de sus mejores tropas. Quince días de brutales combates, en los que intervinieron unos cien cazas y bombarderos soviéticos frente a otros tantos alemanes e italianos —la mayor concentración de aviones conocida hasta entonces—, con enorme desgaste para los dos ejércitos, que sufrieron casi 14.000 bajas entre muertos y heridos, empeñando en la lucha todo su potencial, y verdadero banco de pruebas para el flamante Ejército Popular, cuyos contraataques le habituaron a maniobrar con bastante soltura.

Esta soltura, en el caso de los interbrigadistas, quedó patente en la inmediata batalla de Guadalajara, donde los hombres de la XI y la XII se impusieron con facilidad a los italianos del *Corpo di Truppe Volontarie* (CTV), haciendo exclamar a un autor muy poco proclive a ensalzarlos: “los extranjeros de ellas han dejado de recibir golpes para darlos: de yunque se han convertido en martillo”<sup>13</sup>. Un mes después, en Pozoblanco, también la XIII, traída del frente malagueño, coadyuvó eficazmente a detener y hacer retroceder a las tropas de Queipo de Llano que pretendían auxiliar a los guardias civiles de Santa María de la Cabeza.

Los cruentos combates librados durante el invierno de 1937, momento áureo de las Brigadas Internacionales, las diezmaron severamente, al tiempo que se refrenaba la afluencia de nuevas remesas de voluntarios a Albacete. Para afrontar la situación, se barajaron dos posibles soluciones: disolver los batallones más castigados y reagrupar en los demás a los supervivientes, o cubrir bajas con voluntarios y reclutas españoles, decisión tomada cuando, en abril de 1937, las brigadas que habían intervenido en el Jarama perdieron la quinta parte de sus renovados efectivos en otro frustrado asalto a las posiciones de la Casa de Campo.

Las Brigadas Internacionales iniciaron una nueva andadura caracterizada por la reagrupación de voluntarios en base a su afinidad lingüística, y la incorporación de batallones de milicianos, unos y otros bajo el mando de extranjeros vinculados al comunismo. De esta forma, en la XI predominó el idioma alemán; en la XII, el italiano; en la XIII, los de raíz eslava; en la XIV, el francés, y en la XV, el inglés. Este periodo de

---

<sup>13</sup> Martínez Bande, 1972, pág. 127.

relativa calma inició el declive de las otrora ensalzadas unidades de élite de la República, en coincidencia con las purgas contra los anarquistas y un creciente deterioro de la disciplina entre los interbrigadistas, reprimido con tan brutal energía que trascendió al exterior y acabó con la afluencia de voluntarios<sup>14</sup>. La clase política achacó los brotes de indisciplina a la falta de calidad de las últimas remesas, “quizá porque a lo auténtico se mezcló lo falsificado”<sup>15</sup>.

En este deteriorado ambiente se libraron las batallas de La Granja, a finales de mayo, de Huesca, a mediados de junio, y de Brunete, a lo largo del mes de julio, en las que se reservó un “puesto de honor” a las remozadas Brigadas Internacionales y en las que éstas perdieron los últimos restos del crédito tan meritoria y trabajosamente adquirido.

En La Granja, la indisciplina de la XIV en su marcha de aproximación eliminó el factor sorpresa, clave de la operación, y la batalla costó la vida a 900 brigadistas y la ejecución de unos cuantos más a manos de su indignado jefe.

En Huesca, la fortuita muerte del general Luckács propició un ambiente derrotista, que desbarató una operación sencilla en su planteamiento y con evidente superioridad en armas y efectivos.

Y en Brunete, donde sólo la quinta parte de los efectivos implicados iban encuadrados en Brigadas Internacionales, la falta de empuje de las situadas en el ala izquierda (XIII y XV) deslució la brillante intervención inicial de las del ala derecha (XI y XII). Para más inri, el motín de la XIII obligó a disolverla:

A las 13.00 horas se le ordena a la XIII Brigada que ocupe las posiciones de la 10 División. Esta Brigada, ante esta orden, se indisciplina y se niega a ocuparlas y en completo estado de insubordinación y relajamiento moral se disuelve e intenta marcharse a Madrid con armamento y en formación, de lo que se da cuenta al Ejército de Maniobra para las medidas oportunas<sup>16</sup>.

El prestigio de las Brigadas Internacionales recibió un golpe de muerte a consecuencia de esta serie de fracasos. Pese a haberse batido puntualmente con encomiable empuje, no llegaron a dar el rendimiento esperado en el momento crucial de la guerra, cuando la

---

<sup>14</sup> Thomas, 1962, pág. 325.

<sup>15</sup> Zugazagoitia, 1968, t. I, pág. 230.

<sup>16</sup> Parte del general jefe del XVIII Cuerpo de Ejército, 25 de julio de 1937. Archivo General Militar de Ávila, Fondos de la Guerra Civil, *apud* Martínez Bande, 1972, pág. 161.

campaña cantábrica ponía en riesgo su desenlace final y con él, el futuro de la República. Los interbrigadistas, además, protestaban sistemáticamente y algunos se negaban a combatir, y no los recién incorporados sino los integrantes de batallones de probada solvencia, agotados física y moralmente. La reacción del cuartel general de las brigadas crispó todavía más los ánimos, al imponer castigos brutales e inmisericordes, sin contemplar ningún tipo de circunstancias atenuantes.

En esta coyuntura, el general Vicente Rojo planeó la modélica ofensiva de Zaragoza para impedir la pérdida de Santander. Como paso previo, se dispuso que al menos la mitad de los mandos de las Brigadas Internacionales fuesen españoles y se completaron sus plantillas con 2.000 reclutas españoles, los cuales “a partir del verano de 1937 se encontrarán en proporción de 60 a 70 por 100 de los efectivos”<sup>17</sup>.

Su papel en la batalla volvió a ser decepcionante. Al norte del Ebro, la XIII, que debía tomar Villamayor del Gállego, se perdió en la oscuridad, la tropa se desbandó y cuando por la mañana, perdido el factor sorpresa, se reagrupó y reinició el ataque, lo hizo sin brío:

La columna que atacaba hacia Villanueva del Gállego, falta, como se dijo, de toda decisión, considérase impotente para proseguir su esfuerzo y va consumiendo las fuerzas en una lucha estéril en la que logra ocupar posiciones sin importancia, pero anulando su principal cometido que era la ocupación de aquel pueblo, creando una amenaza real sobre Zaragoza para atraer hacia ella las reservas<sup>18</sup>.

Y al sur del Ebro, la XV, encargada de tomar Belchite, fue retirada del frente “puesto que no llegó a entrar en línea, dedicándose al saqueo”. La orden de retirada no llegó a cumplirse, porque “no le da la gana”<sup>19</sup>.

Ante su escaso rendimiento y ante las denuncias de algunos episodios de corrupción en la base de Albacete, el gobierno de Negrín modificó su estatuto mediante una orden circular, que las equiparó a la Legión, las sometió al Código de Justicia Militar y eliminó cualquier referencia a su carácter revolucionario y antifascista:

---

<sup>17</sup> Delpierre, 1968, pág. 261.

<sup>18</sup> Rojo, 1975, pág. 112.

<sup>19</sup> Partes cruzados entre el jefe de la Agrupación D (Modesto) y el de la 35 División (Walter), 6 de septiembre de 1937. Archivo General Militar de Ávila, Fondos de la Guerra Civil, *apud* Martínez Bande, 1972, pág. 188.

En sustitución del Tercio de Extranjeros [...] se crean las Brigadas Internacionales, como Unidades del Ejército de la República, debiendo constituirse por el momento cinco de las referidas Brigadas, a base de las formadas espontáneamente en el curso de la actual contienda. [...] En el caso de faltar voluntarios, el ministro se reserva la facultad de destinar a ellas directamente los individuos de tropa, clases, oficiales y jefes que estime oportuno<sup>20</sup>.

La batalla de Zaragoza, que los historiadores franquistas llamaron de Belchite como homenaje a la heroica resistencia de su guarnición, fue el último embate republicano con ciertas posibilidades de éxito. A su término, perdida la cornisa cantábrica, a la República sólo le restaba resistir a toda costa, en espera de que el estallido de una conflagración europea viniese en su auxilio. En este contexto, básicamente propagandístico, deben contemplarse las dos frustradas ofensivas de 1938: la invernal toma de Teruel, con acciones auxiliares en Andalucía y Extremadura, y el estival cruce del Ebro.

En ellas, las ya únicamente nominales Brigadas Internacionales<sup>21</sup> continuaron utilizándose como unidades de choque, sometidas a excesivo desgaste, siendo desarticuladas una y otra vez, y con cifras de bajas realmente insufribles. Por ejemplo, la XI quedó prácticamente aniquilada en La Muela de Teruel; la XIII y la XV se desvanecieron durante la explotación del éxito que llevó a los franquistas hasta el Mediterráneo, y cuando se aprestaron a cruzar el Ebro, encuadraban en sus filas a 22.884 soldados catalanes de la llamada *quinta del biberón*, muchachos de dieciocho años recién reclutados<sup>22</sup>.

En plena batalla del Ebro, Negrín decidió desprenderse de los extranjeros que combatían en el Ejército Popular. Los supervivientes de tantos combates comprendieron de golpe que habían luchado por una causa perdida, e interpretaron que se les rechazaba por carecer de la combatividad y entusiasmo de los primeros tiempos, porque los mejores yacían sepultados bajo suelo español. La misma percepción tuvieron los miembros del gobierno, quienes advirtieron dos beneficios en la iniciativa de su presidente: “el moral, que se deriva de su acto político, que no habría de servirnos de

---

<sup>20</sup> Orden circular de 23 de septiembre de 1937, *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional*, n.º 270.

<sup>21</sup> Recién perdido Teruel, los efectivos totales de las Brigadas Internacionales ascendían a 27.455 hombres, de los cuales 9.778 (35%) eran extranjeros y el resto, 17.667, españoles. Relación numérica de españoles y extranjeros, 24 de enero de 1938, Archivo General Militar de Ávila, Fondos de la Guerra Civil, *apud* Martínez Bande, 1972, pág. 201.

<sup>22</sup> Castells, 1974, pág. 339.

nada, y el material de prescindir de unos hombres que, valuados en su conjunto, tienen muy escasa potencia combativa”<sup>23</sup>.

La Comisión Internacional para la Retirada de Voluntarios, creada por la Sociedad de Naciones para organizar su repatriación, contabilizó 12.208 combatientes extranjeros en las filas del Ejército Popular, de los que 6.964 pudieron salir de España antes de finalizar 1938<sup>24</sup>. Los otros 5.244, procedentes de países con régimen fascista, no pudieron ser repatriados. Los 3.353 que estaban en Cataluña fueron integrados en la Agrupación de Fuerzas Internacionales y siguieron los avatares del Grupo de Ejércitos de la Región Oriental (GERO), acabando internados en campos de concentración franceses. Los 1.891 agrupados en la CXXIX Brigada Internacional, ubicada en el frente de Valencia, cayeron en manos de Franco, salvo los muy contados que lograron embarcar hacia Argelia<sup>25</sup>.

Volviendo al principio y a la hora de dictar un veredicto sobre la relevancia militar de las Brigadas Internacionales, conviene distinguir, como hiciese Virgilio en el primer verso de *La Eneida*, entre los hombres y las unidades.

Empezando por éstas, está fuera de dudas que prestaron un inmenso beneficio a la causa de la República cuando reforzaron a las informes columnas de milicianos, desplegadas en los arrabales de Madrid en noviembre de 1936. Inmediatamente después, se hizo un uso indebido y abusivo de ellas en las dos frustradas operaciones de envolvimiento de la capital, al hacerse el mando la ilusión, tal vez por inercia de la desmesurada campaña propagandística que rodeó su bautismo de fuego, de que aquellas unidades —recién organizadas, poco cohesionadas, deficientemente armadas y precariamente instruidas— podían ser catalogadas como fuerzas de choque, abocándolas a su aniquilación. La experiencia y veteranía adquiridas en estas acciones permitió que, al unísono con las Brigadas Mixtas, colaborasen a los fugaces triunfos de Guadalajara y Pozoblanco, y que, inmersas posteriormente en un aparato militar que adolecía de graves carencias orgánicas, de liderazgo y de dotación, compartiesen las rotundas derrotas que provocaron el adverso desenlace final.

---

<sup>23</sup> Zugazagoitia, 1968, t. II, pág. 230.

<sup>24</sup> Castells, 1974, pág. 374.

<sup>25</sup> Martínez Bande, 1972, pág. 219-227.

Los elementales procedimientos tácticos utilizados en aquella guerra, no muy distintos a los empleados en la I Guerra Mundial, ocasionaron infinidad de bajas, cuya mayor proporción correspondía a las unidades de choque, encargadas de romper el frente mediante arriesgadísimos y letales ataques frontales. Los voluntarios de las Brigadas Internacionales, al sobrellevar cargas muy por encima de sus fuerzas y posibilidades reales, sufrieron por lo general daños muy superiores a los de las unidades españolas<sup>26</sup>. Los más motivados sobrellevaron su sino con resignación e incluso con inusitado fervor —“Valió la pena y volvería a hacerlo, aunque supiera de antemano lo que significaba”<sup>27</sup>—, pero otros muchos adoptaron posturas inaceptables y condenables en un combatiente, que dieron pie a lamentables excesos represivos<sup>28</sup>.

En cuanto a los voluntarios, en un colectivo tan amplio evidentemente los hubo “buenísimos, bravos y valientes, inteligentes, normales, mediocres y calamidades. Como en todo el mundo...”<sup>29</sup>. Salvo contadas excepciones, su motivación altruista continúa hoy estando fuera de dudas y sigue constituyendo un ejemplo de desprendimiento y valor. Eran hombres que vieron en el fascismo una amenaza global a la que era preciso enfrentarse, y consideraron el campo de batalla español la palestra donde se estaba decidiendo el futuro de la humanidad.

En conclusión e invocando una vez más a Virgilio, entonemos sí un canto en memoria de aquellos “Voluntarios de la Libertad”, que se vieron abocados a combatir en unidades cuya combatividad y rendimiento resulta difícil ensalzar con similar entusiasmo.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

ANDERSON, Conny, *Aftombladet*, Estocolmo, 27 de abril de 1967.

BEEVOR, Antony, *La Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, 2005.

CASTELLS, Andreu, *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España*, Barcelona, Ariel, 1974.

---

<sup>26</sup> Según el cómputo más serio de los muchos disponibles, se llegaron a alistar 59.380 hombres, de los que nunca llegaron a combatir simultáneamente más de 25.000. De ellos, 9.934 murieron, 7.739 sufrieron heridas graves, 29.802 resultaron heridos leves y 7.686 fueron capturados, desertaron o desaparecieron. Castells, 1974, págs. 377-384.

<sup>27</sup> Anderson, 1967.

<sup>28</sup> Beevor, 2005, págs. 424-425 y 460-461.

<sup>29</sup> Salas, 1973, t. I, pág. 629.

- COLODNY, Robert Garland, *El asedio de Madrid (1936-1937)*, París, Ruedo Ibérico, 1970.
- COX, Geoffrey, *La defensa de Madrid*, Madrid, Oberon, 2005.
- DELPYERRE DE BAYAC, Jacques, *Las Brigadas Internacionales*, París, Librairie Arthème Fayard, 1968.
- KOESTLER, Arthur, “El darrer avatar de les Brigades Internacionals”, *Quaderns d’Estudis Polítics, Econòmics i Socials*, Perpinián, septiembre de 1946. Extracto de “Le camp du Vernet”, *L’Arche*, 14.
- LONGO, Luigi, *Las Brigadas Internacionales en España*, México, Era, 1966.
- MARTÍNEZ BANDE, José Manuel, *Brigadas Internacionales*, Barcelona, Luis de Caralt, 1972.
- ROJO, Vicente, *España heroica. Diez bocetos de la guerra española*, Barcelona, Ariel, 1975.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Editora Nacional, 1973, 4 vols.
- THOMAS, Hugh, *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1962.
- VV. AA., *Bajo la bandera de la España republicana. Recuerdan los voluntarios soviéticos participantes en la guerra nacional-revolucionaria en España*, Moscú, Progreso, 1965.
- ZUGAZAGOITIA, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, París, Librería Española, 1968, 2 tomos.